

Treinta años después de *Fuera del juego*

Heberto Padilla

NINGÚN LIBRO SE DA POR TERMINADO, SOBRE TODO SI ES UN LIBRO DE POEMAS CONCEBIDO con una idea central como lo es *Fuera del juego*, entendido no como una ceremonia lúdica, sino como rechazo a la complicidad. Muchos de sus poemas arrastraban todavía inquietudes de *El justo tiempo humano*, mi primera colección poética escrita en tiempos y países diferentes, finalmente publicada en la Habana en 1961.

Entonces escribí: «no tengo ni he tenido una poética, esa especie de dogma en miniatura con que cada poeta abre los ojos diariamente al mundo; pero esa poesía que se adhiere tan intensamente a la vida, que mezcla sin pudores la tribulación y la esperanza, que de algún modo abarca al mundo entero con sus ciudades, sus gentes, sus melancolías, a mí me ha parecido siempre gloriosa».

Me lo sigue pareciendo, pero en los años setenta los poetas mayores del país proclamaban la búsqueda de «una aventura metafísica o mística y por lo tanto muchas veces hermética».

Sus poemas eran graves, suntuosos, bien armados, donde reinaban la imagen y la metáfora. El mundo real quedaba excluido de sus preocupaciones; la historia nunca fue vista como problema, ni siquiera la que había irrumpido en la vida nacional trayendo un brusco cambio de instituciones. Por un lado se hacía añicos nuestra tradición de vida, se desgarraba el mundo familiar del que han sido la consecuencia inmediata los jóvenes cubanoamericanos; por otro lado andaba una poesía que no se enteraba de la catástrofe. Ni para exaltarla ni para negarla. Simplemente aquello no era asunto suyo, sino de la vida social, de la política. Lo mismo había ocurrido a finales del siglo XIX, cuyos poetas dieron su apoyo unánime a la lucha de independencia, pero en cuya poesía —pienso en Julián del Casal, Juana Borrero, Carlos Pío Urbach— nunca aludieron a ello. Su negación de la colonia se dio principalmente en la asunción de una lengua moderna influida, como en Rubén Darío, por la literatura francesa. En Casal, Borrero, la rebelión se daba en el idioma.

De mi corto exilio en Estados Unidos traje el apoyo al cambio revolucionario, pero, al mismo tiempo, otros modelos poéticos que me influyeron poderosamente. W. H. Auden, Robert Lowell y desde luego, Eliot. En todos ellos aparecía una aguda crítica de la vida contemporánea: Auden, en *La edad de la ansiedad*; Lowell, en *History and Life Studies*; Eliot, en su análisis de la crisis de la cultura contemporánea. He citado a estos tres porque eran mi lectura constante; pero mi frecuentación de sus obras me llevó al estudio de la austera literatura en lengua inglesa, tan hostil al lujo de la nuestra. En los poemas de *El justo tiempo humano* traté de incorporar las impresiones de aquellas lecturas

que creo aparecen reflejadas en poemas como *Infancia de William Blake, Retrato del poeta como un duende joven* o el de *Sir Walter Raleigh en la Torre de Londres*.

Luis Cernuda fue el poeta español que más a fondo estudió la diferencia entre la poesía inglesa y española, al referirse a la tendencia hispánica que el describía como «falacia de lo patético». Todavía en Cuba prevalecía la idea de Valéry, de que «la poesía es un idioma dentro de un idioma», con lo que se remite la poesía a un lenguaje propio y exquisito. Yo pensaba, como T. S. Eliot, que la poesía «nunca debe apartarse por completo del idioma, de los intercambios comunes, de modo que cuando el lector vea un poema diga: ‘así hablaría yo si pudiera hablar en poesía’».

Era mi alternativa ante la aventura metafísica o mística y el rechazo de esos poetas por la historia. En *Fuera del juego* —que empecé a escribir en Moscú y terminé en La Habana— están los poemas más representativos de mi propósito. Los más importantes fueron publicados en Casa de las Américas, en el número dedicado al centenario de Rubén Darío, y en el órgano oficial del Consejo Nacional de Cultura. Fue cuando comenzaron los ataques oficiales contra mis nuevos poemas. En 1968, cuando *Fuera de juego* obtuvo el Premio Nacional de Literatura de la UNEAC, toda la burocracia del Consejo Nacional de Cultura y de la Unión de Escritores se volcaron contra mi premio y me convirtieron en piedra de escándalo que culminó en mi encarcelamiento, acusado de escribir literatura contrarrevolucionaria.

Mi encarcelamiento en 1971 marcó un hito en las relaciones del régimen revolucionario cubano y la cultura internacional. Figuras relevantes del arte y la cultura de todo el mundo rompieron con los métodos represivos que el régimen cubano emplearía sistemáticamente para reprimir la libertad de expresión. Sartre, Simone de Beauvoir, Julio Cortázar, Mario Vargas Llosa, Octavio Paz, Susan Sontag, Juan Goytisolo, Federico Fellini, Marguerite Duras, Alberto Moravia y otros 72 escritores y artistas condenaron los métodos totalitarios de Castro y nunca más volvieron a la isla. Lo que vino después fue una política de hostigamiento que ya ha durado treinta años.

Hace pocos meses, en una entrevista publicada en la revista *Cuba Internacional*, el ministro de cultura Abel Prieto condenó el proceso conocido como «el caso Padilla». Allí afirmó que yo me había burlado de los órganos de la Seguridad del Estado, y que un hecho como aquel jamás se repetiría en Cuba. Más que una burla, se trató de una ceremonia de astucia en que repetía de memoria un texto previamente redactado en prisión por los mismos oficiales de la Seguridad, y que se suponía que yo dirigiera al gobierno revolucionario. Al repetirlo de memoria, trataba de eliminar toda traza de improvisación y toda figura de delito, mostrándome como un malagradecido con el jefe del estado.

No es la primera vez que esto se produce en la historia. Más que un procedimiento medieval, la autocrítica fue legitimada y actualizada por Lenin para que los revolucionarios pudieran reintegrarse a las filas del Partido Comunista. A partir de Stalin la autocrítica fue el método por antonomasia que sirvió a su tiranía para destruir la moral de los militantes. Arthur Koestler estudió ampliamente el procedimiento en su autobiografía y en su libro *El cero y el infinito*, inspirado en las confesiones de Bujarin. Bujarin fue considerado traidor de los procesos de Moscú y fue más tarde rehabilitado en época de Jruschov. En el XX Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética fueron denunciados los famosos procesos. En los años cincuenta, sin embargo, se produjo el

escandaloso caso Slansky en Checoslovaquia, cuyos pormenores están relatados en *La confesión* de Arthur London. Fue este uno de los casos más vergonzantes de la historia contemporánea. En su libro London relata los métodos clásicos de la policía política. Estas célebres autocríticas fueron tan convincentes que un autor como Merlau-Ponty dedicó todo un libro, *Humanismo y terror*, a justificar el «arrepentimiento» del grupo de comunistas condenados o asesinados por Stalin.

En Cuba una apariencia de apertura cultural y política está siendo fomentada a través de los viajes de jóvenes poetas y escritores a otros países, pero el caso del que fui protagonista hace treinta años continúa marginado del mundo editorial cubano. Se han publicado poemas míos en la revista de la Casa de las Américas y otros libros míos circulan por las librerías cubanas; pero jamás *Fuera del juego*.

Este libro me parece tanto más remoto como irreal. Incluso *El justo tiempo humano*, *El hombre junto al mar*, los poemas de *Un puente, una casa de piedra*, los creo escritos en otra lengua, en otro mundo. Pero *Fuera del juego* fue mi dogal inmediato, mi estigma; fíjense en que no me atrevo a decir «mi honor». Y si hoy nos esforzamos por recordar los treinta años de su aparición, es porque cuando todo ese tiempo cae sobre un libro o lo anula o lo coloca en ese peculiar museo al que lo conduce una misteriosa lealtad.

Me conmueve que *Fuera del juego* sea leído otra vez por cubanos de distintas generaciones, por los primeros jóvenes que me acogieron a mi llegada a Nueva York hace ya veinte años, como Lourdes Gil, Perla Rozencvaig, Pablo Medina, Iraida Iturralde, Octavio Armand, Graciela García Marruz, Emilio Cueto y otros. De ninguno me ha separado este tiempo; con algunos he logrado el más estrecho acercamiento. De modo que la reedición treinta años después viene a sellar una continuidad histórica de gente de distintas generaciones cubanas. Un reencuentro entre los lectores de ayer y los de hoy.

(Tomado de *Fuera del juego*. Edición conmemorativa 1968-1998.
Ed. Universal, Miami, 1998)